

de Francia. Se descubrió la conspiración y van den Ende murió en París, en la horca. Van den Ende había hecho leer a su discípulo, según parece, las obras de Giordano Bruno. A Bruno la Inquisición lo había hecho quemar a fuego lento en el 1600.

Importante también es este detalle. Van den Ende tenía una hija única, de lindo nombre. Se llamaba Clara María. Clara María tenía una gran aptitud para el latín. Cuando su padre estaba indispuerto, u ocupado en otras faenas, ella ocupaba su lugar frente a los discípulos. Spinoza se enamoró de ella. Se fue enamorando de ella viéndola crecer. Cuando él abandonó su residencia en Amsterdam, por circunstancias que veremos, él tenía veinticuatro años y ella doce. Colerus, en su vida del filósofo, asevera que "Spinoza frecuentemente confesaba que se casaría con ella". No se casó con ella. Se casó con ella, en el 1671, un tal Kerckkrink. Y no hay mujer ninguna más que haya tenido parte en la vida de Spinoza.

Estoy indicando las nubes todas en derredor del sol de Spinoza. Hay una más que señalar. Spinoza dió muestras de no comulgar con las creencias un tanto chatas de los judíos de su comunidad. Alarmados éstos, que grandemente le admiraban, le ofrecieron una pensión de 1,000 florines al año por acatar en lo externo la tradición judía que ellos interpretaban y por dejarse ver de vez en cuando en la sinagoga. Toda oferta la rechazó Spinoza. Por cuanto, el día 27 de julio del 1656 el Concejo Eclesiástico lo echó en anatema maranata y lo maldijo con largas y amargas maldiciones, "todas las maldiciones que contiene el Libro de la Ley". De ello Spinoza hizo poco caso. Pero una noche le salió al encuentro en callejón oscuro, y con puñal en mano, un judío fanático. Spinoza decidió cambiar de residencia, y se fue, no muy lejos de Amsterdam. Todavía soñaba con Clara María.

Todavía soñaba con Clara María. Ella tenía, hemos dicho, doce años, apenas, ¡Cómo enloquece amar a una criatura de esa edad! Él tenía veinticuatro. Un grupo de jóvenes de Amsterdam lo tenían por jefe. Formaban club filosófico. Simón de Bries, Johannes Bresser, Louis Meyer, y los demás a quienes él menciona en su correspondencia. ¡Qué cariño entre ellos! ¡Qué cariño tan entrañable el de ellos por Spinoza! Simón de Bries se siente malo y comprendió que iba a morir. Quiso testar dejándole toda su fortuna, no escasa, a su amigo y maestro. Spinoza no lo consintió. Simón tenía un hermano menor y Spinoza hizo que a él le dejase todo el enfermo. El testamento obligaba al heredero a pasarle una pensión vitalicia de 500 florines al año a Spinoza. Murió de Bries y Spinoza aceptó sólo 300. Con eso le bastaba. De modo, pues, que se ha exagerado al hablar de la soledad de Spinoza después de que lo excomulgaron. ¿Soledad cuando había Clara María? ¿Soledad con amigos como

Defensa de...

(Viene de la página 88)

Simón de Bries? No. Spinoza escogió su camino. No era "para acallar su íntima infelicidad" que disertara sobre la felicidad misma, como dice Unamuno. Al contrario, lo que Unamuno cree entender por la "íntima infelicidad" de Spinoza era la felicidad real verdadera escogida de acuerdo con un entendimiento claro, preciso, matemático, que después fue tema de la disertación. Spinoza disertó sobre la felicidad porque la había hallado. Spinoza fue feliz.

"Este pobre judío portugués, desterrado en las nieblas holandesas..." ¡Qué horror el de Unamuno por la pobreza, por el destierro, por la niebla! Pero no es lógico deducir de lo que Unamuno sienta, por interesante que ello sea, lo que debió de haber sentido Spinoza. Spinoza probó bien la vida. Probó que hay amistad sincera. La amistad le dió a él toda su dulzura. Probó cuanto hay de dulce en el amor, y por gracia divina se libró de cargar con cruz intolerable. Supo,—consciente de la suerte de Bruno, de la suerte de Acosta, de la suerte de van den Ende,—qué es peligro⁽¹⁾. Siguió adelante, en la huella de éstos, y los sobrepasó infinitamente. Tuvo la alta virtud del valor. Y porque fue valiente, excepcionalmente valiente, fue libre, excepcionalmente libre. Así lo hubiesen quemado vivo, habría sido libre y feliz.

Pero Unamuno cree que no. Unamuno cree que toda la filosofía de Spinoza "no fue sino una consolación que fraguó para esa su falta de fe" en la inmortalidad personal, y para su falta de felicidad y de libertad. Yo creo lo contrario. Creo que los mártires cristianos no fraguaron su credo para consolarse en medio de los dolores del martirio, sino que los dolores del martirio fueron para ellos como si nada, por virtud de su credo. Yo creo que, puesto que Spinoza pudo haber escogido otra suerte, conscientemente prefirió ser feliz y libre. Y que, sobre su libertad y su felicidad, erigió su edificio filosófico, el más noble de cuantos el hombre ha concebido. "Leed su *Ética*", dice Unamuno, "como lo que se, como un desesperado poema elgiaco, y decidme si no se oye allí, por debajo de las escuetas y al parecer serenas proposiciones expuestas *more geometrico*, el eco lúgubre de los salmos proféticos". Ya en 1910⁽²⁾ había señalado Santayana, con respecto a Spinoza, "*a sort of elegiac sentiment*—

(1). "¿Qué mayor desgracia puede concebirse para un Estado,—escribe en el capítulo XX del *Tratado Teológico-Político*,—que el echar fuera de la patria como si fuesen criminales, a hombres honorables, porque alientan opiniones diversas que no pueden enmascarar? ¿Qué, digo, podrá causar mayor daño que el trato de enemigo que se dé a hombres que no han cometido crimen, ni maldad alguna, por el solo hecho de que son ilustrados; y que se les dé muerte, y que la horca, terror de malhechores, se convierta en plataforma en la que los más altos ejemplos de la tolerancia y de la virtud se expongan ante el pueblo con todas las marcas infamantes que la autoridad puede inventar?"

(2). En la Introducción a la edición de la *Everyman's Library* (Dent and Sons, Londres) de la *Ética y De intellectus emendatione* en la versión inglesa de A. Boyle.

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica

what de Psalms express". Pero es el tono, también, del Sermón de la Montaña. No hay en la *Ética* nada de "desesperado", nada "lúgubre". Y, repito, ni Jesús ni Spinoza fueron infelices. "Como a otros les duele una mano o un pie o el corazón o la cabeza", dice Unamuno, "a Spinoza le dolía Dios". A Unamuno lo que le duele es Spinoza, y cerca si no en todo el corazón.

Dos días más y he de dejar este apacible apartamiento de la casa de Gissing. De seguro que volveré sobre los innumerables motivos que Spinoza me sugiere. Dos días más y cargaré de nuevo con la albarda de profesor en mi entenebrecida Escuela. Y fuera de la Escuela habrá sólo el remolino insulso y bruto de la lucha política, en los clubs, en las esquinas, en las pulperías-tabernas. La figura del viejo cacique cartago lo oscurece todo, todo lo amarga, todo lo agría. Hay una enseñanza de Spinoza que no quiero, pues dejar de recordar en todo momento. "Para poder investigar la materia de esta ciencia",—dice en el capítulo i, párrafo 4, de su *Tratado político*,—para poder investigar la materia de esta ciencia con la misma libertad de espíritu que generalmente empleamos en las matemáticas, cuidadosamente he laborado por no burlarme, no lamentarme, no execrar, sino entender las acciones humanas; y a este fin he mirado a las pasiones,—tales como el amor, el odio, la ira, la envidia, la ambición, la conmiseración, y las otras perturbaciones de la mente,—no a la luz de vicios de la naturaleza humana, sino como propiedades que le son exactamente tan propias como a la naturaleza atmosférica el calor, el frío, la tormenta, el trueno, y las demás por el estilo: fenómenos que, aun cuando inconvenientes, son necesarios, y tienen causas fijas, por medio de las cuales nos esforzamos por entender su naturaleza. El intelecto tiene tanto goce en verlas rectamente como en probar aquellas cosas que halagan a los sentidos".

Persiles

Casa de Gissing, julio, 1931.

INDICE

Con el último correo:

Hans Von Hentig: <i>Robespierre</i> . . .	¢ 4.25
J. M. Mariéjol: <i>Historia de la Edad Media y de los Tiempos Modernos. 1270-1610</i> . Pasta . . .	6.00
Jean Martet: <i>Confesiones de Clemenceau</i> . . .	4.25
Hermann Kesten: <i>José busca la libertad</i> Novela . . .	3.50
Stefan Zweig: <i>Amok</i> . Novela . . .	3.50
James Small: <i>El Secreto de la Vida de las plantas</i> . Doce luminosos capítulos sobre la Botánica moderna . . .	3.00
Lafcadio Hearn: <i>Kwaidan</i> . Cuentos fantásticos. Historias y estudios de de extrañas cosas . . .	2.50
Faria de Vasconcellos: <i>Lecciones de Paidología y Pedagogía experimental</i> . . .	3.00
Giovanni Papini: <i>Gog</i> . . .	4.25
Jean Giraudoux: <i>Siegfried</i> . . .	3.00
Lafcadio Hearn: <i>Kokoro</i> . Impresiones de la vida íntima del Japón . . .	3.50
V. Herzen: <i>Guía y Formulario de Terapéutica</i> . Pasta . . .	12.00

Solicítelas al ADR. del Rep. Am.